

## SECCIÓN HISTÓRICA

EL PADRE ANTONIO SEPP, S. J.

INSIGNE MISIONERO

DE LAS REDUCCIONES GUARANÍTICAS DEL PARAGUAY

1691-1733

### 2.—Sepp en Santa María de Fe, suelo paraguayo, 1693-1698.

*Wierzbizny*  
*may*  
*He tiene*  
*de fe*  
*no puede*  
*ser exacto*  
*Porque*  
*epidemia*  
Gozaba yo de la calma y dulzura, que experimenta un misionero, empleado en sacar del camino de la perdición a las almas, cuando recibí orden de mis Superiores de pasar a Nuestra Señora de la Fe (al lado norte de todas las reducciones, unas 100 leguas distante de Yapeyú). Es una de las poblaciones más numerosas y extendidas del Paraguay, tenía en 1739, en tiempo de menos población, unas 450 familias y 3.000 almas. (cf. Arch. Nac. di Bs. As.) y está situada no muy lejos del Río Paraná. El P. Hernando de Orga muerto el 23 de octubre de 1693 (cf. Lista del P. Diego González Arch. Loyola) que gobernaba esta Iglesia, no estaba ya en estado de trabajar por su mucha edad, que pasaba de 80 años, y por sus muchas enfermedades, causadas por sus grandes fatigas. *(según Sepp vive todavía en 1698)*

Me manifestó el buen anciano su mucho gozo en la abundancia de lágrimas que derramó al tiempo de abrazarme. En efecto, nunca necesitaba tanto socorro esta feligresía, como cuando yo llegué allá. La peste, que asolaba todo el Paraguay, se hacía ya sentir en este Pueblo, y en él hizo en poco tiempo más estragos que en los otros lugares.

Comenzaba la enfermedad por unos granos, que cubrían todo el cuerpo del enfermo. Luego atacaba la garganta, y llevaba a las entrañas un fuego abrasador, que secando el húmedo, debilitaba el estómago, y causaba una inapetencia general, a la cual seguía la corrupción de los intestinos, y un flujo continuo de sangre. Aun los niños en el seno de sus madres no estaban exentos: muchos de estos nacían antes del término. Mi cuidado era bautizarlos al instante, porque morían todos el día mismo que nacían.

Como yo tenía que proveer a las necesidades de cuerpo y alma de tantos enfermos y moribundos, no me hubiera sido posible visitarlos cada día en sus casas; y así, para estar más al tiro de socorrerlos, tomé el partido de juntarlos todos en un mismo paraje. Escogí, pues, un edificio grande, donde se

fabricaban tejas, haciendo de ello un *hospital*. Mandé transportar allá en sus camas o hamacas a todos los que sentían los primeros síntomas del mal contagio. Formé también un cuarto separado para las que estaban en cinta, y al punto que paría alguna, me daban aviso para que bautizase la criatura.

Mi primera atención era de administrar los Sacramentos a cada enfermo, y disponerle para una santa muerte. Luego les daba los *remedios* más proporcionados, a mi juicio, y efectivamente sacaron a muchos de las garras de la muerte. Enseñé a algunos indios como habían de sangrar: el primer cuchillo, u otro instrumento semejante, que hallaban a mano, les servía de lanceta: y en poco tiempo sangraron más de mil personas. Recorría cada día muchas veces todas las camas o hamacas, o para dar caldo a los enfermos, o para refrescarles las entrañas con agua de *limón*. Como la malignidad de la peste subía siempre a los ojos o a los oídos, poniendo a los enfermos en peligro de quedar lo demás de su vida ciegos o sordos, daba yo otra vuelta, seguido de un indio, que les abría los ojos, y con un caño largo soplabá en ellos azúcar hecho polvo, y les ponía en los oídos unas bolitas de algodón empapadas en vinagre. Tales fueron por tres meses mis ocupaciones cotidianas. Apenas me dejaban lugar para tomar un bocado, o rezar el Divino Oficio.

Estos remedios que parece me inspiró Dios, tuvieron el suceso, que yo podía desear. Sanaron muchos de esta pobre gente, faltos, como están de todo socorro humano, sin mi asistencia, jamás hubieran podido resistir a la violencia del mal. Atribuyo también la salud repentina de muchos a la sensible protección de María Santísima, a quien invocaban estando ya para el último suspiro. Había yo levantado un altar en medio de la sala, sobre el cual puse su efigie, y al pie de este una reliquia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Ottingen (en Baviera), que me había sido regalada por los Canónigos de esta ciudad, cuando partí de Baviera para la misión del Paraguay.

No tengo lugar para referir por menor todos los favores, que hace esta Soberana Señora a nuestros indios. No en vano claman a esta Madre de Misericordia, aun los menos crédulos, cuando se sienten heridos del contagio. Tenemos muy recientes pruebas de su benignidad.

Habiendo cesado la peste de este Pueblo, se extendió por las campiñas. La infección del aire corrompió el trigo que estaba ya en flor. No se dudaba que la carestía llegaría a ser general, y que morirían de hambre los que habían escapado de la peste.

En tan extremada consternación, me vino al pensamiento hacer una procesión general, y llevar la efigie de la Virgen por los campos. Hízose con mucho orden, asistiendo a ella todo el Pueblo y los más tiernos niños. Nunca dieron demostraciones más verdaderas de su piedad. No fué sin efecto nuestra confianza en la Madre de Dios. Mudaron de semblante los campos, y la cosecha fué tan abundante, que nos vimos en estado de socorrer a los Pueblos vecinos, que padecían mucho por falta de granos.

#### 4.—El P. Sepp funda la reducción de San Juan Bautista. 1698.

Pensaba yo que tenían ya fin mis fatigas, y que podía empezar a respirar, cuando llegó mi turno de ser acometido de una enfermedad, que me hizo creer, que tocaba mi última hora. De repente caí en una debilidad grande, acompa-

Hospital

deberle

Andere

Heilbrunn

Gnesung  
viter

de granos



antes en  
en San Carlos

ñada de una inapetencia y disgusto universal de todas las cosas. Hicieron juicio, que el descanso y la mudanza del aire podría restablecerme. Salí, pues, del clima encendido donde estaba yo, para ir a las orillas del Río Uruguay, donde el aire es más suave y templado. Costó mi partida muchas lágrimas a mis indios, que me miraban como su libertador.

No me costó menos apartarme de ellos. Pero en el estado lánguido en que me hallaba, mi presencia les era absolutamente inútil. Y así, como pude, arrastrando fui al Pueblo de San Francisco Javier, donde a pocos días recobré mis fuerzas.

El Señor, concediéndome la vida, cuando creí estar al fin de ella, me destinaba para otros trabajos.

El Pueblo de San Miguel, el más poblado del Paraguay, llegó a ser tan grande, que no podía bastar un misionero para instruir a tantas almas. La iglesia, aunque muy capaz, no podía contenerlos, y las tierras de labor no rendían ni la mitad de los granos necesarios para su manutención. Por lo cual se tomó la resolución de *dividir* el Pueblo, y sacar de él una colonia para otra parte. Se me encargó (en 1698) la ejecución de esta empresa, cuya dificultad no ignoraba.

Se trataba de conducir cuatro o cinco mil personas a un campo raso, edificar cabañas para todos, y barbechar tierras incultas, para sacar de ellas nuestro alimento.

Sabía yo por otra parte, cuán amantes son los indios del lugar donde nacieron, y su grande aversión a todo género de trabajo. (Véase la confirmación en la guerra de «los 7 Pueblos». ESTUDIOS 1920-1923.)

Las otras dificultades que preveía, no me parecían menos fuertes. Sin embargo, mirando la orden de mis Superiores como de Dios mismo, cuantos más motivos tenía yo de desconfiar de mis fuerzas, tanto más confiaba en el socorro del cielo, y al instante se desvanecieron todas mis repugnancias. Junté, pues, a los principales indios, que llaman caciques: Estos son jefes de las familias, de quienes dependen 40, 50 y talvez 100 indios, a quienes mandan como dueños absolutos. Les puse delante de los ojos la necesidad, que había de dividir su Pueblo, por el número excesivo de sus vecinos: Que debían sacrificar a Dios su natural inclinación de no abandonar su amada patria: Que yo nada les pedía, que no hubiese practicado yo mismo, dejando mi patria, mis parientes y mis amigos, para vivir con ellos, y enseñarles el camino del cielo. Finalmente, que podían estar seguros, que yo no los abandonaría, y que me verían marchar a su frente, y repartir con ellos los más penosos trabajos.

Estas palabras, pronunciadas con ternura, hicieron tanta impresión en sus ánimos, que al punto 21 caciques, y 150 familias se juntaron conmigo, y se obligaron a seguirme donde los quisiese llevar. Renovaron sus promesas a la llegada del Padre Provincial, diciéndole en su lengua: «Pay guazú, aguí yebete, yebi yebi, ore enyche, angandebe», lo que significa: «Padre grande—así llaman al P. Provincial—os damos gracias por la visita que nos haceis: Iremos de buena gana donde deseais».

Dios solo pudo disponer tan prontamente al corazón de los indios, para el cumplimiento de nuestro proyecto. Desde aquel instante, formé esperanzas favorables del suceso, y no pensé sino en ponerme en camino para buscar un sitio conveniente a la nueva colonia. Me acompañaron a caballo los principales

Frankfurt  
Enholung  
aufenthal  
in San  
Javier

1698

Abreise nach  
San Miguel

Kunst, die  
Indios dazu  
zu zuber-  
reden

caciques. Marchamos todo el día hacia el *oriente*, y al fin, al anochecer descubrimos un amplio terreno, rodeado de colinas y de bosques muy espesos. En lo alto de los montecillos hallamos fuentes muy claras, cuyas aguas, serpenteando con gravedad en los campos, bajaban a un valle profundo, donde formaban un agradable arroyo. Los ríos son necesarios para un Pueblo de indios, porque siendo de temperamento muy cálido, necesitan bañarse muchas veces. No me ha causado poca novedad, ver que cuando han comido demasiado, el baño es el único remedio para curarles la indigestión. Entramos luego en los bosques, donde hicimos saltar muchos venados y otras cazas. La situación de paraje tan cómodo nos determinó a fundar allí la población. El día siguiente fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz (14 de setiembre 1698) subimos a lo más alto de la colina, y planté allí una cruz muy grande, tomando posesión de esta tierra en nombre de Jesucristo. Adoráronla todos los indios, postrándose en tierra, y después cantaron el «Te Deum» en acción de gracias.

Llevé luego al Pueblo de San Miguel la agradable noticia del descubrimiento, que acabábamos de hacer. Todos los indios, destinados a poblar la nueva colonia se pusieron a partir, proveyéndose de los instrumentos que podían hallar para cortar madera, y preparar las tierras para el cultivo. Condujeron también muchos bueyes para el labor. No tuve por conveniente, que sus mujeres e hijos les siguiesen, hasta que se empezase a formar el Pueblo, y que rindiese la tierra con que mantenerlos.

Comenzaron los caciques por la repartición de las tierras.

Luego sembraron mucho *algodón*. Viene muy bien esta planta en los campos del Paraguay. La semilla es negra, y del tamaño de un garbanzo. Crece el árbol como una cambronería; da fruto en el primer año, y se poda cada año como las viñas. Su flor se deja ver en el mes de diciembre o enero, y se parece algo a un tulipán amarillo.

Después de tres meses se marchita y se desprende. Luego sale un botón, que madura poco a poco, y se abre hacia el mes de febrero, y sale de él un copo de lana muy blanca. De esta hacen los indios sus *vestidos*.

Antiguamente habían los misioneros hecho traer cañamo de España, y probaría en este país tan bien como el algodón, pero la *flojedad* de las indias no se acomoda con las maniobras, que es preciso dar al cañamo, antes que se pueda hilar. El trabajo les parece demasiado, y lo dejan, reduciendo su trabajo a la cotonía, que les cuesta menos dificultad.

Luego que llegó a los *otros Pueblos* la noticia, que fundábamos una colonia, cada uno a porfía nos quiso ayudar. Los unos nos enviaban bueyes; los otros nos traían caballos; algunos nos llevaban *mais*, garbanzos y habas, para que las sembrásemos. Vino tan a tiempo este socorro, que dió muchos bríos a los indios. Repartieron entre sí el trabajo: una parte fué destinada para la labranza y la siembra de los granos; otra a cortar árboles para construir la iglesia y las casas. Mi primera atención fué escoger terreno para la fábrica de la iglesia y la casa del misionero. Desde allí tiré algunas líneas paralelas, que habían de ser otras tantas *calles*, en las cuales se había de edificar casa para cada familia; de manera que la iglesia fuese como el centro de todo el Pueblo, o el término de todas las calles. Según este plan estaba el misionero alojado en medio de sus neófilos, y por consiguiente más al tiro de cuidar y velar sobre su conducta, y ejercer los oficios propios de su ministerio.

Sumo de  
Artes por  
die  
Muy grande

Baumwoll  
anbau

Calles de  
Voces



## 4.—Descubrimiento de minas de fierro

Entre tanto que se ocupaban mis indios en fabricar el nuevo Pueblo, hice un descubrimiento, que en adelante nos será de grande conveniencia. Habiendo notado una piedra extraordinariamente dura, llamada aquí *Itacura*, por estar sembrada de muchas vetas o manchas negras, la eché al fuego muy encendido, y hallé que con su violencia estas manchas o vetas se desprendieron de la masa de la piedra, y se mudaban en hierro tan bueno como el que se saca de las minas de Europa.

Este descubrimiento me fué sumamente gustoso, porque estábamos precisados a hacer traer de España los instrumentos (o herramientas) que nos eran necesarias. Pero ¿cómo se había de proveer de ellas a un Pueblo tan numeroso?

Por su escasez se tenía un indio por muy rico, cuando podía lograr una hoz, un hacha u otra herramienta semejante. Cuando llegué al Paraguay, los más de los hombres segaban sus trigos con costillas de vaca, que les servían de hoz. Una caña de una especie particular, que abrían por en medio, les servía de cuchillo, y cosían sus vestidos con espinas. Tal era su pobreza, y me hace apreciar mucho más el feliz descubrimiento, que acabo de hacer.

En el mismo tiempo, que daba gracias al Señor por este nuevo socorro que nos enviaba, bendecía yo a su Providencia, de no haber surtido y proveído al Paraguay de aquellas cosas, capaces de excitar la codicia de los extranjeros. Si en el Paraguay se hallaran minas de oro o plata, como en otros países, presto se poblaría de europeos, que obligarían a nuestros indios a escudriñar las entrañas de la tierra, para sacar el precioso metal, que es el objeto de sus ansias y suspiros. De aquí resultaría que los indios, para evitar tan dura esclavitud, tomarían la huida y buscarían asilo en los más espesos bosques. Y no estando reunidos en lugares o Pueblos, como lo están ahora, no sería posible a los misioneros trabajar en su conversión, ni enseñarles las verdades del cristianismo.

(N. B. Ni las minas de fierro se explotaban, como deseaba Sepp, por las conocidas dificultades tocante a minas. Hay documentos en el Arch. Nac. de Bs. As. cf. Arch. Salvador. Apuntes del P. de Hernández, p 235, que indican las trabas para tal explotación, la que prohibían los Superiores también por la razón que resultaría muy costosa).

CARLOS LEONHARDT.